

A.E. VAN VOGT'S

EL VIAJE DEL BEAGLE ESPACIAL



Ésta es la emocionante novela de un grupo de osados científicos que se lanzaron en la nave espacial Beagle para explorar los secretos del universo y no tardarán en verse envueltos en una desesperada lucha por la vida.

A incontables años de luz de la Tierra, en las remotas lejanías entre las estrellas, encontraron fantásticas formas de vida que sobrepasaban las más horrendas pesadillas; un monstruo tentacular y felino que se alimentaba de seres vivos; una raza de seres avimorfos con profundas facultades hipnóticas; una Cosa malvada y aterradora que podía pasar a través de la materia sólida y trató de hacer de la nave su hogar.

En sus desesperadas batallas contra estas fuerzas formidables los exploradores se dieron cuenta de básicos errores en sus ciencias terrestres y cuando el único de ellos que sabía las respuestas adecuadas se vio impedido de hacer uso de sus conocimientos, comprendió que también en el espacio, como en la Tierra, el hombre puede ser su propio y más peligroso enemigo.

Prólogo

COLECCIÓN NEBULAE con esta traducción de una magnífica novela de Alfred E. van Vogt da una pauta de sus características, porque en LOS MONSTRUOS DEL ESPACIO campea la imaginación y, si se quiere, incluso la fantasía más desenfrenada, pero al mismo tiempo es una obra muy madura, a través de la cual traslucen muchos años de estudio y que ha sido escrita, no apresuradamente y al volar de la pluma, sino tras profundas reflexiones.

Como verá el lector, la acción se sitúa en una época futura en la que se supone que el hombre ha adquirido los medios de realizar no tan sólo vuelos interplanetarios, sino interestelares e incluso intergalácticos, para lo que, claro está, hay que suponer que ha encontrado la manera —inconcebible en el estado actual de nuestros conocimientos físicos— de viajar a una velocidad mayor que la de la luz. Toda la novela es un panorama de los peligros que en el espacio acechan a una expedición de valientes exploradores del Universo que, a bordo de una colosal astronave, recorren las regiones más remotas del mundo sideral.

La humanidad terrestre que se supone existe entonces, ha seleccionado para esta expedición a hombres representativos del enorme progreso cultural y técnico conseguido. Hay físicos, astrónomos, biólogos, químicos, psicólogos, historiadores, militares, astronautas, etc., agrupados en distintos *departamentos*. Estos están al principio *aislados* entre sí; cuando el jefe de la expedición, en los apurados trances en que ésta se encuentra, necesita un dato que es de la competencia de un departamento determinado lo llama a consulta y se asesora por él. Y aquí está precisamente el fallo de la organización y la tesis exquisita de la obra, tesis

que ha sido poco atendida en el pasado, empieza a serlo en el presente y lo será cada vez más en el futuro. Es la tesis de lo que el autor, por boca del protagonista, llama *nexialismo*.

El nexialismo es una especie de reacción contra la especialización exagerada. Los conocimientos excesivamente profesionales casi siempre están deformados y pecan por unilaterales. No es que no tengan valor; es que hay que conectarlos, unirlos por un nexo apropiado para encauzarlos en un sentido vital eficaz.

Anatole France, en una de sus novelas, nos pinta un sabio arqueólogo, que conocía perfectamente las tres vitrinas del museo que le estaban encomendadas. Una dama, atraída por su gran fama, va un día a verle y le hace una consulta de algo que ella cree pertenece a su especialidad. Sin embargo, el sabio se queda perplejo y confiesa que nada puede contestarle; sus conocimientos terminan cien años antes de la época a la que se refiere la consulta, por lo demás elemental, de la mencionada dama. El famoso especialista se limita, entonces, a contestarle que debe consultar al sabio de la vitrina de al lado. ¡Cuántos sabios hay con vitrina como éste del gran novelista francés! A. E. van Vogt nos muestra en esta obra la necesidad, que cada vez con el progreso se hará más perentoria, de superar este estadio de rabiosa especialización.

Por esto espero, amigo lector, que cuando hayas terminado la lectura de este libro, no tan sólo admirarás los vastos conocimientos y la asombrosa imaginación de su autor, sino también el que los haya puesto al servicio de una tesis de filosofía práctica que aunque se nos muestre aplicada en el futuro, ya tiene hoy plena validez.

En otras obras de COLECCIÓN NEBULAE se dará más margen a la fantasía ligera, a las relaciones humanas y hasta al humor, pero hemos querido mostrar también cómo la literatura futurista puede, en el tono ameno de la narración,

instruir con conocimientos científicos y educar con verdades filosóficas.

MIGUEL MASRIERA

I

Coeurl merodeaba sin pausa. La noche oscura, sin luna, casi sin estrellas, se resistía ante el alba rojiza y lúgubre que se arrastraba por la izquierda. Era una luz vaga que no daba ninguna sensación de calor. Poco a poco, esa luz fue mostrando un paisaje de pesadilla.

Alrededor de Coeurl cobraron forma unas piedras negras, melladas, y una llanura negra y sin vida. Por encima del horizonte grotesco miraba un sol rojo pálido. Unos dedos de luz hurgaban entre las sombras, y aún no había rastros de la familia de criaturas de id que llevaba siguiendo casi cien días.

Finalmente se detuvo, enfriado por la realidad. Sus enormes patas delanteras se sacudieron con un movimiento que arqueó cada afilada garra. Los gruesos tentáculos que le salían de los hombros ondularon, tensos. Torció la voluminosa cabeza de gato a un lado ya otro, mientras los zarcillos parecidos a pelos que formaban cada oreja vibraron frenéticamente, probando cada brisa, cada latido en el éter. No hubo respuesta. No sentía ningún cosquilleo en el complejo sistema nervioso. No había ningún indicio de la presencia de las criaturas de id, su única fuente de alimento en ese planeta desolado. Desesperado, Coeurl se agazapó, una enorme figura felina recortada contra la línea débil y rojiza del horizonte, como un deforme grabado de un tigre negro en un mundo sombrío. Lo que más lo mortificaba era que había perdido el contacto con ellas. Tenía un equipo sensorial que normalmente podía detectar id orgánico a kilómetros de distancia. Admitía que él ya no era normal. Su repentina imposibilidad de mantener aquel contacto indicaba una crisis física. Era la enfermedad mortal de la que ha-

bía oído hablar. Siete veces en el último siglo había encontrado coeurls demasiado débiles para moverse, con los cuerpos normalmente inmortales consumidos y condenados por la falta de alimento. Entonces, con avidez, les había aplastado los cuerpos entregados y les había sacado todo el id que aún los mantenía con vida.

Coeurl se estremeció de entusiasmo recordando esas comidas. Entonces lanzó un gruñido audible, un sonido desafiante que vibró en el aire y sonó y resonó entre las piedras mientras le recorría los nervios de la espalda. Era una expresión instintiva de su voluntad de vivir.

Y de repente se puso tieso. Por encima del lejano horizonte vio un punto diminuto que brillaba. El punto se acercó. Creció rápidamente y fue una enorme pelota de metal que se transformó en una nave gigantesca y redonda. El inmenso globo, brillante como plata bruñida, pasó silbando por encima de Coeurl, reduciendo la velocidad de manera visible. Se alejó sobre unas negras colinas que había por la derecha, flotó casi inmóvil durante un segundo y después descendió perdiéndose de vista.

Coeurl salió disparado de su asustada inmovilidad. Con velocidad felina, bajó corriendo entre las piedras. En sus ojos redondos y negros ardía un deseo desesperado. Los zarcillos de las orejas, a pesar de la falta de energías, vibraron recibiendo un mensaje de id en tales cantidades que las punzadas de hambre hicieron que le doliera el cuerpo.

El sol distante, ahora tirando a rosa, estaba alto en el cielo púrpura y negro cuando Coeurl se arrastró saliendo de entre unas piedras y miró desde las sombras las ruinas de la ciudad que se extendía allá abajo. La nave plateada, a pesar de su tamaño, parecía pequeña ante la enorme extensión de la ciudad desmoronada y desierta. Pero alrededor de la nave había una sensación de vida contenida, una inactividad dinámica que, después de un rato, empezó a destacarse, dominando el primer plano. La nave descansaba en una cuna hecha por su propio peso en la llanura ro-

cosa y resistente que empezaba bruscamente en las afueras de la metrópoli muerta.

Coeurl observó a los dos seres bípedos que habían salido del interior de la nave. Andaban cerca del pie de una escalera mecánica que habían hecho descender desde una abertura brillantemente iluminada a unos treinta metros por encima del suelo. La necesidad perentoria engrosó la garganta de Coeurl. El impulso de salir corriendo y aplastar a esas criaturas de aspecto endeble le oscurecía el cerebro.

Unos jirones de recuerdo detuvieron ese impulso cuando todavía no era más que electricidad corriéndole por los músculos. Era un recuerdo del pasado distante de su propia raza, de máquinas que podían destruir, de energías más potentes que todas las fuerzas de su propio cuerpo. El recuerdo envenenó los depósitos de su fortaleza. Tuvo tiempo de ver que los seres llevaban algo puesto encima de sus cuerpos verdaderos, un material brillante y transparente que relucía y destellaba bajo los rayos del sol. La astucia permitió a Coeurl entender la presencia de aquellas criaturas. Aquello, razonó por primera vez, era una expedición científica que venía de otra estrella. Los científicos investigarían y no destruirían. Los científicos se abstendrían de matarlo si no los atacaba. Los científicos, a su manera, eran tontos. Envalentonado por el hambre, salió del escondite. Vio que las criaturas advertían su presencia. Se volvían hacia él y miraban. Las tres que estaban más cerca de él regresaron despacio hacia grupos más grandes. Un individuo, el más pequeño de su grupo, sacó una barra opaca de metal de una funda que llevaba en el costado del cuerpo y la sostuvo con tranquilidad en una mano. Ese acto alarmó a Coeurl, que sin embargo siguió corriendo. Era demasiado tarde para volver. Elliott Grosvenor se quedó donde estaba, detrás de todos, cerca de la escalera. Se estaba acostumbrando a quedarse en segundo plano. Como único nexialista a bordo del Beagle Espacial, durante meses había sido ignorado por especialistas que no entendían bien qué era

un nexialista y a los que tampoco les importaba demasiado. Grosvenor tenía planes para rectificar eso. Hasta el momento no se había presentado la oportunidad. El comunicador que llevaba en la cabeza del traje espacial se activó de repente. Por él se oyó la suave risa de un hombre que dijo: —Yo, personalmente, no me voy a arriesgar con algo tan grande.

Grosvenor reconoció la voz de Gregory Kent, director del departamento de química. Hombre de poca estatura, Kent tenía gran personalidad. En la nave contaba con numerosos amigos y partidarios, y ya había anunciado su candidatura a director de la expedición para las siguientes elecciones. De todos los hombres que estaban ante el monstruo que se iba acercando, Kent era el único que había sacado un arma. Ahora acariciaba el largo y delgado instrumento de metalita.

Se oyó otra voz. El tono era más grave y más relajado. Grosvenor reconoció que era la voz de Hal Morton, director de la expedición.

—Ésa es una de las razones por la que está en este viaje —dijo Morton—. Porque deja muy pocas cosas libradas al azar.

Era un comentario amistoso. Pasaba por alto el hecho de que Kent ya se había definido como el adversario de Morton para la dirección. Eso, por supuesto, quizá no era más que una muestra de virtuosismo político para hacer creer a los oyentes más ingenuos que Morton no sentía ninguna animadversión hacia su rival. Grosvenor no dudaba de que el director era capaz de esas sutilezas. La imagen que tenía de Morton era la de un hombre sagaz, razonablemente honesto y muy inteligente, que manejaba la mayoría de las situaciones con automática habilidad.

Grosvenor vio que Morton se adelantaba, colocándose un poco por delante de los demás. Su cuerpo fuerte se destacaba, enfundado en el traje transparente de metalita. Desde aquella posición, el director miró cómo se acercaba la

bestia felina por la llanura de piedras negras. Los comentarios de otros jefes de departamento golpetearon en las orejas de Grosvenor a través del comunicador.

—No me gustaría nada encontrarme con esa criatura en un callejón una noche oscura.

—No diga tonterías. Es obvio que se trata de un ser inteligente. Quizá un miembro de la raza dominante.

—Su desarrollo físico —dijo una voz que Grosvenor identificó como perteneciente a Siedel, el psicólogo— sugiere una adaptación de tipo animal a su medio ambiente. Por otra parte, venir hacia nosotros como lo está haciendo no es el acto de un animal sino de un ser inteligente que sabe de nuestra inteligencia. Ustedes pueden advertir lo agarrotados que son sus movimientos. Eso denota cautela y conciencia de nuestras armas. Me gustaría observar bien las terminaciones de esos tentáculos de los hombros. Si consisten en apéndices, manos o ventosas, podemos empezar a suponer que descende de los habitantes de esta ciudad. —Hizo una pausa—. Sería muy útil establecer comunicación con él. Pero a simple vista yo diría que ha degenerado hasta un estado primitivo.

Coeurl se detuvo cuando aún estaba a tres metros de los seres más cercanos. La necesidad de ir amenazaba con abrumarlo. Su cerebro flotó hasta el feroz filo del caos, donde le costó un terrible esfuerzo detenerse. Sentía como si tuviera el cuerpo bañado por un líquido fundido. La visión era cada vez más borrosa.

La mayoría de los hombres se acercaron. Coeurl vio que lo estaban examinando con franca curiosidad. Movían los labios dentro de los cascos transparentes que llevaban puestos. Su forma de intercomunicación —suponía que era eso lo que sentía— le llegaba en una frecuencia que estaba dentro de su capacidad de recepción. Los mensajes eran ininteligibles. En un esfuerzo por parecer amistoso, transmitió su nombre desde los zarcillos de las orejas, señalándose al mismo tiempo con un tentáculo.

Una voz que Grosvenor no reconoció dijo arrastrando las palabras:

—Morton, cuando movió esos pelos oí una especie de estática en mi radio. ¿Cree usted que...?

El uso por parte de Morton del nombre de quien había hablado, lo identificó. Gourlay, jefe de comunicaciones. Grosvenor, que estaba grabando la conversación, se alegró. La llegada de la bestia quizá le permitiría obtener grabaciones de todos los hombres importantes que iban a bordo de la nave. Era algo que trataba de hacer desde el principio.

—Ah —dijo Siedel, el psicólogo—, los tentáculos terminan en ventosas. Si el sistema nervioso es suficientemente complejo podría, con la necesaria capacitación, manejar cualquier máquina.

—Creo que lo más conveniente es que entremos en la nave y comamos —dijo el director Morton—. Después nos pondremos a trabajar. Quiero que se haga un estudio sobre el desarrollo científico de esta raza, sobre todo qué fue lo que la destruyó. En la Tierra, al principio, antes de que hubiese una civilización galáctica, las diversas culturas alcanzaban la cima y después se desmoronaban. Del polvo siempre brotaba una nueva. ¿Por qué no sucedió lo mismo aquí? A cada departamento se le asignará un campo especial de investigación.

—¿Y el gatito? —dijo alguien—. Me parece que quiere venir con nosotros.

Morton se rió entre dientes.

—Ojalá tuviéramos la manera de llevarlo con nosotros —dijo con voz seria—, sin capturarlo por la fuerza. ¿Qué cree usted, Kent?

El pequeño químico movió la cabeza, diciendo que no de manera contundente.

—Esta atmósfera contiene más cloro que oxígeno, aunque no es mucho lo que contiene de ambos elementos. Nuestro oxígeno sería dinamita para sus pulmones.

A Grosvenor le parecía evidente que el ser felino no había tenido en cuenta ese peligro. Miró cómo el monstruo seguía a los primeros hombres que subían por la escalera y se metían por la enorme puerta.

Los hombres se volvieron hacia Morton, quien los saludó con una mano y dijo:

—Abran la segunda compuerta y déjenle oler el oxígeno. Eso lo curará. Un rato más tarde la asombrada voz del director resonó con fuerza en el comunicador. —¡Bueno, que me lleve el diablo! ¡No nota la diferencia! Y eso significa que no tiene pulmones, o que sus pulmones no utilizan el cloro. ¡Claro que puede entrar! Smith, esto es una mina de oro para un biólogo, y además inofensiva si tomamos precauciones. ¡Qué metabolismo!

Smith era un hombre alto, delgado y huesudo con una cara larga y triste. Su voz, inusitadamente fuerte para su apariencia, resonó en el comunicador de Grosvenor.

—En los diversos viajes de exploración en que participé, sólo vi dos formas superiores de vida. Las que dependen del cloro y las que necesitan oxígeno, los dos elementos que permiten la combustión. He oído vagos informes acerca de una forma de vida que respira flúor, pero todavía no he visto un ejemplo. Casi estaría dispuesto a jugarle mi reputación a que no existe ningún organismo complejo que pueda adaptarse a la utilización de ambos gases. Morton, no tenemos que dejar escapar a esta criatura si podemos remediarlo.

El director Morton se echó a reír.

—Parece que tiene muchas ganas de quedarse —dijo después en tono serio.

Había subido por la escalera mecánica y entró en la cámara estanca con Coeurl y los dos hombres. Grosvenor se apresuró a adelantarse, pero no era más que uno entre una docena de hombres que también se metieron en aquel amplio espacio. La enorme puerta se cerró y el aire empezó a entrar con un silbido. Todo el mundo se mantenía a una bue-

na distancia del monstruo felino. Grosvenor observó la bestia con una creciente sensación de desasosiego. Lo asaltaron varios pensamientos. Ojalá pudiera comunicárselos a Morton.

Tendría que haber podido hacerlo. La regla a bordo de esas naves expedicionarias era que todos los directores de departamento debían tener acceso fácil al director de la expedición.

Como jefe del departamento nexial, aunque fuera el único miembro, a Grosvenor tendría que habérsele aplicado la misma regla. El comunicador de su traje espacial tendría que estar preparado para que él pudiera hablar con Morton como lo hacían los demás jefes de departamento. Pero todo lo que él tenía era un receptor general. Eso le concedía el privilegio de escuchar a todos los grandes hombres cuando estaban haciendo su trabajo de campo. Si quería hablar con alguien, o si estaba en peligro, podía accionar un interruptor que abría un canal a un operador central.

Grosvenor no cuestionaba el valor general del sistema. Había cerca de mil hombres a bordo, y era evidente que no podían hablar todos con Morton cuando les daba la gana.

La puerta interior de la cámara se estaba abriendo. Grosvenor salió junto con los demás. A los pocos minutos estaban todos en una serie de ascensores que llevaban a las dependencias. Hubo un breve intercambio de ideas entre Morton y Smith.

—Lo mandaremos solo allá arriba, si es que quiere ir —dijo finalmente Morton.

Coeurl no puso ninguna objeción hasta que oyó que la puerta del ascensor se cerraba a sus espaldas y que la jaula cerrada empezaba a subir rápidamente. Entonces giró soltando un gruñido. De repente, su razón se transformó en caos. Se lanzó contra la puerta. El golpe dobló el metal y el dolor desesperado lo enloqueció. Ahora era un animal atrapado. Aplastó el metal con las garras. Arrancó los paneles soldados con los gruesos tentáculos. La maquinaria chirrió

en protesta. Todo se sacudía porque la fuerza magnética tiraba de la jaula a pesar de que las piezas metálicas que sobresalían iban raspando las paredes exteriores. Finalmente, el ascensor llegó a destino y se detuvo. Coeurl quitó el resto de la puerta y se lanzó a toda velocidad por el pasillo. Esperó allí hasta que llegaron los hombres con las armas preparadas.

—Somos unos tontos —dijo Morton—. Tendríamos que haberle mostrado cómo funciona. Creyó que lo habíamos traicionado o algo parecido.

Señaló hacia el monstruo. Grosvenor vio cómo el brillo salvaje se apagaba en los ojos de la bestia, negros como carbones, mientras Morton abría y cerraba varias veces la puerta de un ascensor cercano. Fue Coeurl quien terminó la lección. Entró al trote en una habitación grande que daba sobre el pasillo.

Se echó sobre el suelo alfombrado y se esforzó por reducir la tensión eléctrica de los nervios y los músculos. Estaba furioso por el miedo que había mostrado. Le parecía que había perdido la ventaja de aparecer como un individuo dulce y tranquilo. Su fortaleza debía de haberlos sobresaltado y consternado.

Eso implicaba un mayor peligro para la tarea pendiente: apoderarse de la nave. En el planeta del que procedían esos seres habría cantidades ilimitadas de id.

II

Sin pestañear, Coeurl observó a dos hombres que despejaban escombros en la puerta metálica de un enorme y viejo edificio. Los seres humanos habían almorzado, se habían vuelto a poner sus unidades espaciales y ahora se los veía por doquier, solos o en grupo. Coeurl supuso que todavía estaban investigando la ciudad muerta.

A él sólo le interesaba la comida. Sus células sentían hambre de id, y le dolía el cuerpo. La ansiedad le electrizaba los músculos, y su mente ardía con el afán de seguir a los hombres que se habían internado en la ciudad. Uno de ellos había ido a solas.

Durante el almuerzo, los seres humanos le ofrecieron su propia comida, que para él era inservible. Al parecer no entendían que él debía comer criaturas vivientes. El id no era una mera sustancia, sino la configuración de una sustancia, y sólo se podía obtener en tejidos donde aún palpitaba el flujo de la vida.

Pasaron varios minutos. Coeurl aún se contenía. Aún observaba, sabiendo que los hombres sabían que él observaba. Una máquina de metal descendió de la nave a la masa rocosa que bloqueaba la gran puerta del edificio. En su tenso estado, siguió todos esos movimientos. Tiritando con la intensidad del hambre, vio cómo operaban su maquinaria, y cuán simple era.

Sabía qué podía esperar cuando llamas incandescentes lamieron la dura roca. A pesar de ese conocimiento, saltó y rugió fingiendo temor.

Desde una pequeña nave patrulla, Grosvenor observaba. Se había impuesto la tarea de observar a Coeurl. No tenía